

MANERAS DE MIRAR

José María RIDAO, *El pasajero de Montauban*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2003, 200 páginas.

Antonio VILLANUEVA
IES Pedro Laín Entralgo (Híjar)

No es este un libro senderiano, pero sí lleno de sugerencias para los senderianos, como intentaré explicar a continuación.

El pasajero de Montauban es un libro de viajes y sobre la literatura de viajes. También un recuerdo para esos viajeros a la fuerza que fueron los exiliados y, sobre todo, un homenaje a ese «pasajero», que no es otro que el presidente Azaña, cuya figura política e intelectual ha sido sistemáticamente ninguneada, en opinión del autor. José María Ridao se da cuenta de que el viajero es un personaje característico de nuestras letras y decide escribir sobre la manera de mirar de nuestros escritores, sobre todo entre 1900 y la Segunda República. Así, pasan por las páginas del libro Unamuno, Machado, Gómez de la Serna, *Corpus* Barga, Marañón, Sender, Brenan, Cela, etc. Y llegamos a la conclusión de que existen dos maneras de mirar: la de los noventayochistas y sus epígonos, que niega la tragedia y el atraso nacional, bien por idealización, bien por esperpentización de lo real; y la de Sender y otros, que es una mirada de denuncia, un mirar que exige cambio.

El pasajero... es, a la vez, un libro unitario y fragmentario. Se compone de diez capítulos de viajes, publicados previamente en la revista *El Siglo*, ahora recogidos en volumen con un capítulo inicial aglutinador, que expone «Las razones del viajero» y hace un rápido recorrido por la literatura viajera universal (el *Gilgamesh*, la *Odisea*, Marco Polo, Ibn Battuta, León el Africano...).

Uno de los tópicos que combate con más fuerza el arabista Ridao es el de la separación entre un judeo-cristianismo heredero de la cultura clásica y un islam ajeno a esa tradición. Dice que fue el Renacimiento el que inventó esa patraña, dejando con fines políticos la latinidad en la orilla norte del Mediterráneo, escamoteando

su presencia en el sur y olvidando a posta que el legado clásico llegó a nosotros, tras el oscuro medievo, gracias a sabios musulmanes como Avempace o Averroes.

Considera que el viaje, sobre todo el de científicos como Darwin o Humboldt, sirvió para acercarnos al método experimental alejándonos de la escolástica. Aunque reconoce que también sirvió a ideologías reaccionarias. Por ejemplo, tras el romanticismo, la literatura viajera se volvió costumbrista, sustituyendo la noción de «cultura como excelencia», característica de la Ilustración, por la de «cultura como folclore y localismo».

El libro, en refinada prosa, es crítico con la visión patria propuesta por el 98. Los autores del Desastre crearon un ser nacional omnipresente, capaz de impregnar lo mismo la historia que el porvenir. Se inspiraron en los románticos, pero sin ver contradicción entre el catolicismo esencial que ellos proponían y el orientalismo que patrocinaban sus inspiradores. *Azorín* establece un falso contraste entre las «aldeas castellanas» y los «pueblecitos moriscos de Levante», obviando que el castellano pueblo de Gormaz tiene palacio califal. Machado llama al meandro del Duero, a su paso por Soria, «curva de ballesta», pero cuando vive en la «morisca Baeza» evoca otro meandro, esta vez del Guadalquivir, como «alfanje roto», con evidente intencionalidad.

Según Ridao, el 98 no es más que una reacción nacionalista a destiempo, el hijo tardano de los nacionalismos del XIX; un proyecto nacionalcatólico que se completa aquí cuando otros países ya lo habían completado. La idea de la nación formada sobre una lengua y una fe, luego exportadas a América, no resiste un análisis riguroso de nuestro pasado.

Después de viajar por la piel de toro, los noventayochistas confirman lo que ya creían antes de partir: España era cristiana, nuestra ciencia era la fe y Castilla y lo castellano representaban la columna vertebral de nuestro pasado, nuestro presente y nuestro futuro. No importaba que la visión castellanista fuera insultante para otras regiones. La gran mancha de nuestra historia era el islam: ocho siglos de presencia-error. El costumbrismo casticista de Mesonero Romanos fue un intento de negar el Madrid musulmán, presente hasta en el nombre de la ciudad (*Magerit*, en árabe). Madrid tenía que ser castellana, don Quijote tendría que haber viajado allí y no a Barcelona. Y en los campos de Soria el tiempo no se había detenido por el atraso, sino casi por excepción metafísica, para conservar las esencias de la españolidad.

Los noventayochistas introdujeron el hábito intelectual de utilizar la geografía para evocar un espíritu mítico. Triste excusa para no ver la realidad. Tras el Desastre, la insultante prosperidad americana contrastaba con nuestra postración. Y el 98 inventó la santa pobreza española, contraponiendo a la riqueza yanqui nuestra religiosidad, a las pujantes ciudades la soledad de nuestros campos, a la vulgaridad moderna el casticismo. El 98 levantó un ensueño sobre el vacío. Inventó una Castilla mística y guerrera a base de exclusiones y prejuicios, de exaltaciones arbitrarias y fantasías arcaizantes.

Esta tendencia fantaseadora es visible al comparar el testimonio de Unamuno sobre Las Hurdes con los de Marañón o Buñuel. Mientras los últimos ven una

espantosa miseria colectiva y piden soluciones, don Miguel, pleno de egocentrismo, se pone estupendo disertando sobre la majestuosa postura del hurdano, unido a su tierra por un telúrico instinto de propiedad. Según el rector de Salamanca, el habitante de los paupérrimos valles de Las Hurdes prefiere su indigencia libre, su hambre canina, a ser jornalero en la ciudad. Es pobre porque quiere.

Curiosamente, cuando en los años 50 los autores del realismo social buscan modelos encuentran a *Azorín*, Machado, Unamuno, incluso a Cela o al Brenan memorialista, pero dejando fuera... ¡al Sender del *Viaje a la aldea del crimen* (1934), en realidad el más próximo a sus postulados! Gran error. En el *Viaje...*, Ramón Sender se muestra alejado de la tópica noventayochista. Hace un relato escalofriante. Muestra la humillación permanente de los campesinos bajo el yugo del caciquismo, la Iglesia y la Guardia Civil. Ensalza la hermandad religiosa de los pobres y presenta a su líder, el *Seisdedos*, como a un apóstol. Sender, como *Pasionaria*, Julio Camba o Lerroux, culpará de lo sucedido en Casas Viejas a Azaña. Pero Ridaio, recurriendo al testimonio de Julián Zugazagoitia, lo exculpa, como era esperable en un libro dedicado a exaltar al presidente republicano.

La postura del 98 ha tenido seguidores. Por ejemplo, la mirada altiva de Gerald Brenan, escritor de refinada educación británica, distanciada de los alpujarreños pobres e incultos con los que convivió durante tres lustros en Yegen. O el carnaval portátil de Cela y su denigrante corte de los milagros, con la que Ridaio se despacha a gusto. En el *Viaje a la Alcarria* (1946), lo único que parece real es el apetito del viajero, sus siestas y su lascivia. Hay una esperpentización de lo popular, una jibarización de lo observado que contribuye a engrandecer al que mira: un observador sensible de edificios y paisajes, pero frío hacia las personas, a las que su mirada animaliza; un aventurero de clase alta que gusta de «chapuzarse en pueblo» y reciclar lo tradicional à l'*élégant*, sin mostrar piedad; un desdeñoso desafecto que mira la estremecedora realidad y solo ve una velada teatral; un glotón pantagruélico que, ajeno a la miseria, se siente superior. Cela, como Umbral y González-Ruano, como Cavia o Alfonso Usía, es un actualizador del *majismo*, de la prosa zumbona y vejatoria que aplaude la injusticia, perpetúa la diferencia y contempla reidora, sabiéndose a salvo, la terrible miseria de los otros.

Ridaio nos demuestra en este lúcido ensayo que los libros han producido una lenta apropiación del paisaje, convirtiéndolo en símbolo o emblema, en encarnación de valores abstractos cuando no en generador de los mismos (por ejemplo, cuando se dice que la sobria Castilla engendra gente sobria). La literatura de viajes es, así, un mecanismo de conexión entre paisajes y valores morales, un sistema que dicta la manera de mirar. Ridaio desenmascara los prejuicios e intereses del mirar del 98: una mirada idealista, refractaria al progreso y al cambio social. Pero también nos muestra el otro lado del mirar: el mirar comprometido que describe miserias y reclama soluciones; el mirar de Marañón y de Buñuel, y el de Sender, tan distinto y tan distante siempre de don Miguel y don Camilo.